

RICHARD GOTT

El fantasma del capitalismo atormenta La Habana

Richard Gott realiza una crónica de su visita a la Cuba revolucionaria después de 30 años y, a partir de sus vivencias cotidianas y del contacto directo con los cubanos, analiza la evolución del proceso revolucionario en estas décadas y sus perspectivas de futuro. Actualmente la isla vive una apertura económica cuyo máximo exponente es la circulación del dólar, paralela a la reintroducción de la "cultura burguesa" y a la glorificación del pasado colonial. De forma paradójica, el autor considera que estos hechos pueden salvar a Cuba de caer en los peores errores del poscomunismo del Este de Europa.

Cada tarde, a las nueve en punto, se oye el disparo de un viejo cañón desde las murallas de La Cabaña, la imponente fortaleza española que se yergue sobre el puerto y el casco viejo de La Habana. Cientos de personas se encaminan por la playa para asistir a la sencilla ceremonia en la cual una pequeña compañía de reclutas marcha a través del oscuro patio de la fortaleza y le pega fuego a la pólvora. Los soldados van vestidos con el uniforme decimonónico de las milicias españolas de hace apenas un siglo. El rugido del cañón, que fuera una vez la señal del toque de queda colonial, se oye ahora a través de la ciudad para que la gente ponga en hora sus relojes.

En el más puro estilo miope de los poderes imperiales, La Cabaña, la mayor de las construcciones militares españolas en el Caribe, fue construida para cerrar a cal y canto la finca justo cuando el caballo acababa de escaparse. Los ingleses habían tomado La Habana en 1762, cogiendo por sorpresa a las fuerzas españolas que pensaban que iban a llegar a la ciudad por tierra y no por mar. La Cabaña fue erigida inmediatamente después de esta derrota para procurar que una humillación tal no volviera a repetirse. Más recientemente, en 1959, se convirtió en el

Richard Gott fue corresponsal y periodista de *The Guardian*, y está especializado, entre otras cuestiones, en temas de América Latina. Es autor del libro *Guerrilla Movements in Latin America*.

Traducción: Javier Izquierdo

La transformación sufrida por La Cabaña es una metáfora reveladora de la situación actual de la Revolución cubana.

cuartel general del Che Guevara, y sus formidables muros de piedra sirvieron durante las primeras semanas de la Revolución como paredón de fusilamiento para la ejecución de los torturadores del régimen de Batista.

Hoy en día la fortaleza es un lugar para las visitas familiares, repleto de museos y restaurantes, cuya propiedad y gestión se halla en manos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, la institución más poderosa del Estado cubano. “Es una delicia hacer negocios con ellos”, me aseguraba un amigo cubano reflexionando sobre los procedimientos burocráticos de otros organismos estatales. La transformación sufrida por La Cabaña es una metáfora reveladora de la situación actual de la Revolución cubana, ahora que se aproxima el final de la primera década del “período especial” inaugurado tras el colapso de la Unión Soviética, tradicional *papito* del azúcar cubano. El nuevo uso de La Cabaña, junto con la restauración y reconstrucción de partes de la Habana Vieja junto al puerto, enfatizan en cierto modo el nuevo deseo cubano, en buena medida inconsciente, de revivir en el presente la memoria de una historia pre-revolucionaria completamente expurgada de conflictos.

El divorcio forzado de la Unión Soviética a principios de los años noventa — en realidad, por defunción del cónyuge— ha conducido a los cubanos a un rechazo acríptico de todo cuanto implicaba aquel matrimonio. “Sufrimos la ocupación española, la ocupación americana, y la ocupación soviética”, explicaba un cubano leal a la Revolución. El Gobierno revolucionario de Cuba ya ha dejado de justificar su existencia sobre la base de los intentos que hiciera en su día de construir un régimen socialista. Ahora subraya su heroica e interminable lucha nacionalista contra Estados Unidos, una campaña que todavía toca alguna fibra sentimental en buena parte de América Latina.

Varias armas sorprendentes han sido alistadas para esta batalla, entre ellas lo que puede ser descrito como la “cultura burguesa” cubana. Esta cultura, que abraza y de la que disfruta el millón escaso de miembros de la clase alta que oportunamente escaparon a Miami durante los primeros años de la Revolución, fue rechazada en su momento por el liderazgo revolucionario. Ahora vuelve a ser celebrada de mil maneras diferentes. Inicialmente revivida en beneficio del turismo, y en parte como cortesía de las Fuerzas Armadas, hoy en día esta cultura se filtra por la sociedad formando pareja con el dólar estadounidense.

Un buen número de nuevos museos, en los barrios remozados de la Habana Vieja, ignora los logros del socialismo de la isla mientras cantan alabanzas al colonialismo español. En vez de ser aborrecida, la cultura de las haciendas y la esclavitud, con la que se acabó sólo formalmente en fecha tan cercana como 1886, se recubre ahora de un halo romántico. Artefactos que en otras circunstancias pasarían desapercibidos —pues, de hecho, carecen por completo de distinción estética— como el mobiliario colonial del siglo XIX, son glorificados sin el más mínimo asomo de crítica. Hoteles que antaño albergaron a gánsteres dan ahora la bienvenida a los turistas mostrando fotografías de los buenos viejos tiempos del capitalismo rapaz, cuando las estrellas del tango argentino, los bailarines mejicanos y los cantantes brasileños se codeaban con la mafia americana.

No hace falta tener una bola de cristal para ver a dónde es probable que acabe conduciendo todo esto. Cuba ha abrazado su “patrimonio cultural” con el mis-

mo entusiasmo que los posmodernistas occidentales. En el momento actual, tras coquetear durante una década con el turismo masivo y el uso creciente del dólar estadounidense como medio de pago para el consumo básico de masas de población autóctona, esta cultura de nostalgia nacionalista selectiva está ayudando a acelerar el paso ineluctable del país hacia un futuro capitalista. Aquellos que ansían asistir a este tipo de final no parece que vayan a tener que esperar demasiado.

Esta es mi primera visita a Cuba en casi treinta años, y estoy aquí para ver qué es lo que queda de aquella otra clase de entusiasmo y euforia que caracterizó la década de los sesenta, la primera década de aquella Revolución de Fidel Castro que marcara toda una época. Como otros muchos visitantes tengo dos preguntas fundamentales en la cabeza: cuánto va a durar la situación actual y qué vendrá después. Como en aquellos lejanos días, me encuentro alojado en el hotel Habana Libre, el antiguo hotel Hilton construido justo antes de la Revolución en el Vedado, el distrito oeste de la ciudad vieja que en su día fuese una zona pija. En mi juventud, el hotel estaba repleto de revolucionarios de toda América Latina, tanto mirones y revolucionarios de salón como activistas serios y guerrilleros con ansias de cambiar el mundo. Jóvenes soldados con metralleta afanados en su tarea militar custodiaban la entrada, mientras que los *guajiros*, los campesinos de la Sierra Maestra, llegaban en autobuses y jugaban sin parar con el mágico sistema de apertura automática de las puertas.

Durante aquellos años, el elusivo concepto de socialismo constituía una parte irrenunciable de la agenda política; sujeto de interminables debates, su contenido real se mantenía permanentemente en el aire, como si fueran las pelotas de un malabarista pintadas para la ocasión con las palabras "ruso", "chino", o "cubano". Como con los resultados de la lotería, todo el mundo esperaba expectante de año en año para ver cual de las pelotas acabaría cayendo.

Quizás más significativo era el deseo de muchos visitantes de expresar mediante su presencia su solidaridad con el único país del continente que resistía a EE UU y se oponía a sus ambiciones neo-colonialistas. Cuba, Vietnam y Argelia eran percibidos como una oposición tripartita, tricontinental al imperialismo americano. En aquel entonces la "tercera vía" tenía un significado más pleno. Pero hoy Cuba está completamente sola. Sus guerrilleros se han retirado de América Latina, sus tropas han regresado de África. El Tercer Mundo, al igual que la Unión Soviética, ha colapsado. Sólo Cuba permanece, una de las pocas voces que aún quedan para expresar el rechazo a la globalización y a la hegemonía de un superpoder único.

Desde la ventana del piso diecisiete, la vista norte de la ciudad hacia el Caribe y el Malecón, el impresionante paseo marítimo de La Habana, no ha cambiado una pizca en treinta años. El gigantesco triángulo del Edificio Focsa, que fuese en su día el hogar de buen número de economistas latinoamericanos, la inmensa mole del Hotel Nacional, tesoro gris de la era Batista y antaño plagado de asesores soviéticos y sus familias, los innumerables palacios de estilo colonial que piden a gritos una buena mano de pintura, todo permanece exactamente igual a como era hace treinta años, aunque ahora se puede pedir langosta a la parrilla en el carísimo restaurante del último piso del Focsa, y beber *mojitos* en la incomparable terraza del Nacional. Ningún nuevo rascacielos se ha añadido a la línea del hori-

zonte, ni una migaja de inversiones ha caído en esta parte de la ciudad, y el ínfimo espacio de aparcamiento, la pequeña planta industrial, y los ocasionales cafés al aire libre permanecen exactamente igual a como eran entonces.

Sólo el Habana Libre ha sufrido una buena limpieza facial, y forma ahora parte de una cadena hotelera española especializada en paquetes turísticos. Los guardias de seguridad son negros bien parecidos, de pose relajada y embutidos en ropa tropical de aire italiano, tan integrados en la sofisticada escena actual que se confunden perfectamente con los huéspedes. No se ve una sola arma. Los clientes se registran en un ordenador, las puertas de las habitaciones se abren con tarjetas de plástico. Todo lo que queda de su pasado revolucionario es la "Sala Solidaridad" una sala de reuniones en el primer piso, aunque el espléndido mural de José Venturelli en la pared exterior, donde se mostraban imágenes de la guerra revolucionaria, hace tiempo que fue repintado.

Aún se pueden ver muchos campesinos, pero los *guajiros* a la antigua usanza, con el sombrero de paja, ya sólo existen en los álbumes de fotos. La transformación de las áreas rurales fue una de las principales ambiciones de los revolucionarios originales, y sigue siendo todavía hoy uno de sus logros más sobresalientes. Pero el gran desarrollo rural, sin parangón en el resto de América Latina y todavía muy visible en la Cuba de hoy, se hizo a expensas de la gran ciudad, que es aquí, como en otras partes del continente, un foco inevitable de descontento y desilusión.

La Habana se ha librado de los barrios de chabolas que son sin duda la característica más penosamente distintiva de la gran mayoría de países del Tercer Mundo, y la pobreza y el estado de privación no llegan ni por asomo a los niveles que se alcanzan en Caracas o San Salvador, o en otras islas del Caribe. Muchos visitantes se quejaban durante la década de los noventa de la descarada visibilidad con que se mostraban las prostitutas en los barrios donde se enclavan los hoteles turísticos, pero gracias a la invisible presencia policial y a la introducción de nuevas leyes draconianas aquella colorista muestra de belleza cubana prácticamente ha desaparecido. La principal fuente de irritación de los forasteros son ahora los afanes de la gente que busca aumentar sus ingresos con la venta ilegal de puros. Pero a pesar de las mejoras llevadas a cabo en la Habana Vieja, ningún visitante puede ya contemplar la capital de Cuba como un espectáculo revolucionario.

Afuera, en el campo, las cosas parecen bastante distintas. Alquilé un pequeño todoterreno japonés y me encaminé hacia la vía de circunvalación de La Habana desviándome luego hacia la gran autopista de seis carriles que conduce hacia el este de la isla. Una de las delicias que el "período especial" ofrece al visitante, aunque no necesariamente a los propios cubanos, es el fomento oficial del autostop, que le permite a uno encontrarse con una muestra aleatoria de gente cuyo único rasgo en común es la movilidad. Pequeñas multitudes esperan junto a los cruces de carretera para pedir que alguien les lleve.

El primer autoestopista que recogí fue un hombre que había servido dos años en el ejército cubano destacado en Angola en los años ochenta. Me contó de las frustraciones de aquella guerra de guerrillas en la que el enemigo acababa siempre, invariablemente, perdiéndose entre la maleza. Pero el verdadero enemigo eran en realidad los campos minados, lo que explica que los cubanos se unieran

con gran entusiasmo a la campaña contra las minas antipersonal que abanderó la princesa Diana, llegando incluso a levantar un parque en su memoria en la Habana Vieja. Seguidamente mi autoestopista había vivido y estudiado en Alemania y Checoslovaquia, y hablaba alemán, checo y portugués. De vuelta en Cuba no encontró lugar donde emplear sus talentos militares y lingüísticos. Cuba posee una de las poblaciones con mejor formación de América Latina, pero no ha creado todavía una sociedad que pueda absorber de forma adecuada las cualificaciones de que dispone.

Conduciendo por las montañas del Escambray, en el sur de la isla, donde hasta 1964 se siguió librando una guerra de guerrillas con los contrarrevolucionarios, recogí a un perito cafetero que trabajaba en una plantación situada en las colinas. Este área ha ido prosperando de forma callada, y la gente parece motivada y contenta, aunque mi invitado era uno de los muchos que se quejaban de la inadecuada infraestructura de transportes, y miraba con envidia la parafernalia de instrumentos de mi bien provisto todoterreno de turista, especulando sobre la suma de mis ingresos.

Como lo ha sido a lo largo de la mayor parte de este siglo, el punto de referencia para muchos cubanos es Estados Unidos. Fueron incitados por la propaganda gubernamental a creer que el socialismo era un sistema claramente superior que les permitiría competir con los americanos, y mucha gente se halla ahora desilusionada al comprobar que no están mucho mejor de lo que estaban sus padres hace treinta años, y que son mucho más pobres que sus amigos o parientes que se fueron para Miami o Madrid. Por descontado que Cuba, como colonia predilecta de España, fue siempre una isla relativamente próspera, sin embargo el verdadero punto de comparación debe ser el resto de América Latina y el Caribe. Si se la compara con los estándares de Venezuela, Jamaica o Guatemala, Cuba es todavía algo así como un paraíso. Muchos cubanos se niegan a reconocer esta verdad tan obvia como loable; parece como si su excesivo sentido nacionalista les prohibiese compararse con países vecinos que perciben como inherentemente inferiores.

Mi destino es Trinidad, una vieja ciudad colonial en la costa sur restaurada como otro centro del "patrimonio" cubano. Un grupo de astutos diplomáticos persuadieron a la mayoría de los países del Tercer Mundo —en la asamblea de la UNESCO en 1988— para nominarla, sin necesidad de demasiadas justificaciones, como "Ciudad patrimonio de la humanidad", y puede que así llegue a recibir unos cuantos dólares foráneos para ayudar a su restauración. Trinidad, aunque dueña de muchos encantos, posee pocas cosas destacadas en comparación con otros rincones de América Latina. Una iglesia o dos, unas cuantas calles adoquinadas, un puñado de casas coloniales, pero nada que merezca un recorrido serio. Los autobuses de turistas llegan en manadas, y desde allí van a los hoteles cercanos de Playa Ancón.

De vuelta a La Habana me detuve en la provinciana ciudad de Santa Clara para visitar dos museos dedicados a conmemorar eventos de un pasado no muy lejano. Uno muestra la batalla que tuvo allí lugar en diciembre de 1958, cuando una victoria de los rebeldes organizados por Che Guevara provocó la huida del presidente Batista. El otro contiene los restos del Che y de otros varios participantes en la campaña guerrillera de Bolivia de 1967. Una estatua inmensa, aunque más bien

*Si se la
compara con
los estándares
de Venezuela,
Jamaica o
Guatemala,
Cuba es
todavía algo
así como un
paraíso.*

lúgubre, del difunto líder guerrillero fue erigida aquí en 1987, presidiendo un campo de desfiles inmenso que ha sido iluminado con enormes focos de estadio.

El año pasado, los huesos de Guevara, traídos de vuelta desde Bolivia, fueron enterrados en un frío mausoleo bajo el pie de la estatua. Una gruta espantosa y sombría contiene 38 cajones empotrados en la pared. Algunos están vacíos, otros llenos, cada uno está etiquetado con el nombre de un guerrillero muerto. Hasta el momento, sólo han sido repatriados a Cuba los restos de dieciséis de aquellos guerrilleros, el resto permanecen aún en Bolivia. Junto al mausoleo, un pequeño museo, el único en Cuba donde la entrada todavía es libre, contiene fotografías borrosas, mapas y armas. Personalmente hubiera preferido que los restos de Guevara reposasen en las estribaciones andinas de Vallegrande, donde fue originalmente enterrado, mejor que dentro de esta tumba desolada. Pero los latinoamericanos tienen una propensión especial a reclamar los huesos de sus líderes desaparecidos, y el icono de Guevara, inextricablemente entretelado en el tapiz del nacionalismo cubano, aparece ahora en cada pieza de recuerdo turístico, desde camisetas y pósteres a ceniceros y tazas.

Cuando regresé a La Habana leí en uno de los difícilmente accesibles ejemplares de *Granma*, el periódico oficial del Partido Comunista Cubano, una noticia acerca del juicio a puerta cerrada contra cuatro "disidentes". Habían sido acusados de "acciones contrarrevolucionarias cada vez más descaradas, en íntima conexión con oficiales del gobierno de EE UU y con la mafia contrarrevolucionaria en Miami". El nombre y apellido del líder del grupo, Vladimiro Roca, de 54 años de edad, proclaman su impecable pedigrí revolucionario: el primero en honor del líder ruso, el segundo como indicativo de su conexión filial con Blas Roca, antiguo dirigente del PSP, el anterior Partido Comunista pre-castrista.

Como hijos que son en muchos casos de la vieja *nomenklatura* revolucionaria, los "disidentes" actuales plantean un complicado problema al que tiene que hacer frente el régimen. Aunque el regreso al capitalismo está escrito ya en el horizonte con tinta invisible, la razonable demanda de los "disidentes" en relación con el corolario político de este sistema económico —el fin del sistema de partido único— se considera todavía algo totalmente inaceptable. *Granma* no tiene dificultades en revelar que estos "contrarrevolucionarios vergonzantes" han tenido charlas con gente en la "sección de intereses americanos" en La Habana, esto es la embajada estadounidense, y han estado en contacto con los grupos en el exilio de Miami. Pero ¿por qué debería ser esto un crimen? Roca ha sido sentenciado a cinco años de prisión, el resto a cuatro. Los embajadores europeos que tenían penas más severas han dejado escapar un suspiro de alivio.

Nadie sabe realmente si los "disidentes" son sólo un grupo aislado o si representan un movimiento de contestación más amplio y articulado a lo largo de todo el país. Los líderes políticos cubanos y el ejército esperan, por supuesto, que se trate de lo primero. Los líderes actuales desean mantener su actual estrategia "a la China", basada en la lenta apertura del país al capitalismo (actualmente se contempla incluso la introducción del euro) a la vez que siguen poniendo freno a las libertades políticas.

Pero hay una persona que está extrañamente ausente de la escena. Treinta años atrás, Fidel Castro estaba en todas partes: en la televisión todas las noches,

en los periódicos cada día, y, si uno tenía un poco de suerte, incluso podría dejarse caer por su hotel. Cuba nunca se abandonó al estilo soviético de culto personalista, pero prácticamente nada era posible sin el visto bueno de Fidel, y el entusiasmo de sus arengas era el entusiasmo de todo el país. Hoy en día sólo raramente es posible ver su fotografía. Se ha convertido en una suerte de presidente emérito, un viejo hombre de estado. La maquinaria gubernativa se mueve ahora sin necesidad de su presencia permanente al timón.

Aun así Fidel ha dejado el camino bien marcado. Observador astuto y sofisticado de la escena internacional, y hombre familiarizado con la historia de su continente, debe conocer mejor que la gran mayoría lo que traerá la siguiente página de la historia. Tras varias décadas de sacudida revolucionaria que ingresaron a enormes porciones de población en la modernidad económica, el principal resultado de la gran Revolución Mejicana fue haber dejado al país listo para ser presa de la explotación capitalista. Cuba parece totalmente dispuesta a seguir la misma senda.

Comparada con los desoladores estándares de América Latina, la isla —tras cuarenta años de Revolución— posee una población educada y saludable, pero la gran mayoría de la gente ha sido deslumbrada con el cuento de la lechera. Como esos peces de cartón piedra tan horteras que se venden en los exiguos puestos de artesanía que llenan las zonas protegidas de la Habana Vieja, los cubanos tienen la boca abierta de par en par y se relamen gustosos en anticipación de los enormes tragos de capital que piensan habrán de inundar el país tan pronto como muera el viejo “máximo líder” —incluso aunque sepan que una buena parte de este maná será seguramente monopolizado por quienes fueron originalmente expropiados.

No es éste un resultado que hubieran esperado los entusiastas revolucionarios de antaño, pero el ánimo y aguante extraordinario de esta gente, aislada durante décadas en el eje de un mundo en rotación, son capaces todavía de producir algunas sorpresas más. La experiencia obtenida durante el prolongado “período especial” de la década pasada bien pudiera incluso haberles salvado de los peores excesos del poscomunismo que asola la difunta Unión Soviética y el este de Europa. Irónicamente, al rendirse ante lo inevitable y reintroducir a los cubanos de forma muy gradual en las seducciones del capitalismo, Fidel Castro podría haber llevado a cabo su último gran servicio revolucionario a su país.